

EL EXPLORADOR DE ALMAS. (NOVELA PSICOANALÍTICA. Georg Groddeck.



En la literatura alemana, el nombre de Groddeck es ciertamente desde hace tiempo conocido como el de un médico lleno de carácter que ha huido siempre de la suficiencia científica de tantos sabios y que, como Schweninger, con el que se ha emparentado, ha observado los hombres y las cosas, las enfermedades y los procesos de curación con sus propios ojos, los ha descrito con sus propias palabras y no se ha dejado encerrar en el lecho de Procusto de una terminología convencional.

Varios de sus artículos parecen presentar alguna analogía con determinadas tesis del psicoanálisis. Sin embargo, al principio, su autor había atacado a la Escuela de Freud lo mismo que a las demás. Finalmente, su fanatismo por la verdad se ha mostrado aún más fuerte que su aversión hacia todo saber escolástico: ha reconocido abiertamente su equivocación al atacar al creador del psicoanálisis y, lo que es aún más excepcional, ha desvelado *coram publico* su propio inconsciente indicando la tendencia que le había empujado, por pura envidia, a oponerse a Freud.

No hay que extrañarse de que Groddeck, incluso tras haber proclamado su adhesión al psicoanálisis, no haya tomado la vía habitual de un alumno de Freud, sino que haya seguido, también allí, su propio camino. Ha manifestado escaso interés por las enfermedades psíquicas, campo propio de la investigación analítica, e incluso las palabras “psiquis” y “psiquismo” le sonaban a falso. Ha pensado que si su monismo era justificado y si las teorías del psicoanálisis resultaban exactas, estas últimas tenían que estar fundadas necesariamente en el ámbito de lo orgánico. Con un valor temerario ha dirigido el arsenal psicoanalítico contra las enfermedades orgánicas y pronto ha publicado observaciones que confirman notablemente sus hipótesis. En numerosos casos de enfermedades orgánicas graves ha descubierto la acción de intenciones (Abschten) inconscientes, que desempeñan, según él, un papel preponderante en el origen de toda afección. Por doquier y siempre hay bacterias, dice Groddeck, pero el momento y la manera en que el ser humano resulta afectado por ellas depende de su voluntad inconsciente. La aparición de tumores, hemorragias o inflamaciones puede ser favorecida, o incluso suscitada, por tales intenciones, aunque Groddeck sitúa a estas tendencias como *conditio sine qua non* de toda enfermedad. A su entender, el móvil central de estas intenciones latentes patógenas es casi siempre el impulso sexual; el organismo cae fácilmente enfermo si de ese modo puede satisfacer un gusto sexual o escapar a una situación desagradable de la sexualidad. Y del mismo modo que el psicoanálisis cura las enfermedades psíquicas haciendo conscientes los deseos ocultos y triunfando sobre las tendencias rechazadas, Groddeck pretende haber influido con éxito en el curso de graves enfermedades orgánicas con ayuda de curas analíticas metódicas. Ignoro si otros médicos han constatado o verificado estos notables efectos terapéuticos, y por el momento es imposible decir si nos hallamos ante un nuevo método terapéutico genial o ante el poder de sugestión de una personalidad médica única y excepcional. Pero en ningún caso puede discutirse al autor la seriedad de su tesis y el rigor de su argumentación.

Pero he aquí que este investigador nos guardaba una nueva y mayor sorpresa: en su última obra aparece como novelista. Sin embargo, no creo que le haya guiado el propósito de acceder así a la gloria literaria; lo que ocurre es que ha encontrado en la novela la forma más apropiada para expresar las consecuencias últimas de sus puntos de vista sobre la enfermedad, la vida, los hombres y las instituciones. Como probablemente

tiene poca confianza en la capacidad de sus contemporáneos para aceptar lo nuevo y lo inhabitual, ha considerado necesario atenuar la singularidad de sus ideas mediante la ayuda de lo cómico y el relato divertido, para seducir de esta forma al lector mediante una prima de placer. No soy un hombre de letras y me considero incapaz de juzgar el valor estético de esta novela, pero creo que un libro que consigue cautivar al lector de principio a fin, que presenta graves problemas biológicos y psicológicos de forma espiritual e incluso divertida, y que consigue teñir de humor escenas crudas, grotescas o profundamente trágicas, que hubieran chocado excesivamente en su desnudez, no será del todo malo.

El procedimiento espiritual utilizado en este caso por Groddeck consiste en presentar a su héroe, Muller-Weltlein, el “explorador de almas”, como un loco genial del cual nunca puede decir el lector si está en trance de dar pruebas de su genio o de su locura. Groddeck-Weltlein puede de este modo hablar francamente de lo que le hubiera resultado imposible decir en una obra científica o en un libro concebido seriamente, sin desafiar al mundo entero. El burgués indignado hubiera reclamado de inmediato la camisa de fuerza, pero como el malicioso autor lo ha revestido desde el principio, al celoso guardián de la moral no le queda otro remedio que poner buena cara y sonreír por compromiso. Sin embargo, más de un pensador, médico o filósofo, hallará en el libro el esfuerzo por una concepción del mundo independiente de cualquier atadura a la mística y al dogmatismo tradicionales, e incluso un método ingenioso para juzgar a los hombres y a las instituciones. Sin embargo, el valor educativo de esta obra obedece a que su autor, como ya lo hicieron Swift, Rabelais y Balzac, arranca la máscara al espíritu celosamente hipócrita de nuestro siglo y saca a la luz, destacando además su carácter ineluctable, la crueldad y la obscenidad que disimula.

Es casi imposible resumir el contenido de la novela. Su héroe es un viejo solterón cuya soledad organizada, consagrada a lecturas apacibles, es turbada por la inesperada aparición de una hermana viuda acompañada de su joven hija. Lo que realmente pasa entre la muchacha y nuestro héroe nunca se nos dice claramente y ni siquiera las oscuras alusiones nos permiten adivinarlo. Las camas de la casa están infestadas de piojos -chinchés-, y el dueño participa con ardor en su exterminio. Durante esta caza de parásitos ávidos de sangre, nuestro héroe se vuelve “loco”, en otros términos, se libera de todos los lazos que imponen de ordinario educación, la tradición y la herencia. Queda como “metamorfosado”, cambia incluso de nombre y se convierte en un vagabundo; sin embargo, su dinero y sus antiguas relaciones le aseguran al mismo tiempo el acceso a los estamentos superiores de la sociedad. Por doquiera que va utiliza la libertad que se concede a los locos para arrojar la verdad al rostro de la gente; de este modo el lector escucha cosas que ni siquiera Groddeck se hubiera atrevido a decir sin vestirse primero de bufón. Vemos y escuchamos a Muller-Weltlein en la prisión, en un club de bolos pequeño burgués, en la sala común de un hospital, en una galería de pintura, en el jardín zoológico, en un compartimiento de ferrocarril de cuarta clase, en un mitin, en el congreso de las feministas, entre prostitutas, truhanes y matones e incluso en una gira por las cantinas en compañía de un príncipe prusiano. Por doquier se comporta y habla como un verdadero “enfant terrible”, observándolo y comentándolo todo sin reservas, afirmando de manera abierta y consciente la naturaleza inexorablemente infantil del adulto y haciendo burla de todos los hipócritas, fanfarrones y engreídos. El tema de su locura, de alguna forma su estereotipia, son los chinchés, cuyo simbolismo multiforme no cesa de repetir -como rasgo mnésico del suceso traumático señalado al principio-. Por lo demás, se divierte como un verdadero niño con cualquier ecuación simbólica que llega a descubrir y en cuya detección es considerado un maestro. El simbolismo, que el psicoanálisis considera tímidamente como uno de los factores constitutivos del pensamiento, está para Weltlein profundamente anclado en lo orgánico, puede que incluso en lo cósmico, y la sexualidad es el pivote en torno al cual se sitúa todo el universo de los símbolos. Cualquier obra humana es la representación plástica de los órganos genitales y del acto sexual, arquetipo y prototipo de todo deseo y de toda aspiración. Una unidad grandiosa rige el mundo, la dualidad entre el cuerpo y el alma es un prejuicio. Todo el cuerpo piensa; los pensamientos pueden expresarse en forma de bigote, de callo de los pies o incluso de excrementos. El espíritu está “infectado” por el cuerpo y el cuerpo por los contenidos del espíritu; es imposible de hecho hablar de un “Yo”, éste no vive, es “vivido” por Alguna Cosa (ein Etwas). Las infecciones más profundas son las de orden sexual. Quien no quiera ver el erotismo, se volverá miope; quien no pueda “oler” algo, se acatarrará; la forma de la zona erógena electiva puede traducirse en la estructura del rostro, por ejemplo, mediante un doble mentón. Lo espiritual está “infectado sacerdotalmente” por su

casulla; no es la mujer la que teje las medias, sino que es el tejido quien teje a todo el sexo femenino para convertirlo en una pobre cosa.

La mayor realización humana es el parto: los esfuerzos intelectuales del hombre sólo son irrisorias tentativas de imitación. La nostalgia de tener hijos es tan general -tanto en el hombre como en la mujer- que “nadie queda embarazado si no es por el deseo insatisfecho de tener un hijo”. Las enfermedades y las heridas no son más que fuentes de sufrimiento, pero proporcionan también “la energía que alimenta la consumación”.

Naturalmente, donde más a gusto se siente Weltlein es en el cuarto de los niños: allí puede compartir los juegos infantiles y saborear su erotismo todavía ingenuo. En revancha, su espíritu cáustico se desencadena contra los sabios, sobre todo contra los médicos cuya estrechez de espíritu es el blanco privilegiado de sus burlas. Una ironía, ciertamente ligera, no ahorra el dogmatismo psicoanalítico, pero es verdadera ternura comparada con la ferocidad con la que la “psiquiatría escolástica” es atacada hasta dejarla en ridículo. Para terminar asistimos con melancolía al fin trágico de este mártir sonriente. Perece en una catástrofe ferroviaria. Sin embargo, incluso muerto, no reniega su cinismo: su cabeza no es encontrada y su identidad sólo podrá ser establecida con ayuda de algunas particularidades presentadas por el resto de su cuerpo, identificación que, curiosamente, sólo será capaz de hacer su sobrina.

Este es, escuetamente resumido, el contenido de la novela. Es cierto que Groddeck-Weltlein será interpretado “ferozmente”, comentado, desvinculado y mal comprendido, como dice Balzac, en los “Cuentos verdes” a propósito de Rabelais. Pero lo mismo que Pantagruel y Gargantúa han permanecido vivos entre nosotros, llegará un tiempo en que se haga justicia a Weltlein.

Sándor Ferenczi

Volver a publicaciones de Georg Groddeck